

Desventuras de adolescencia

A. R. Zweig



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

I

Desde que yo recuerdo, siempre quise ser prefecto. Excepto por ese tiempo en que quería ser actor porno. Y no es que careciera de las cualidades necesarias para ello (*cejas levantadas*), pero está todo eso del SIDA y enfermedades de transmisión sexual varias. Y de que no puedes estar seguro que sólo lo harás con una mujer. O dos. O más (*sigue soñando*).

Así que pasada esa temporada, de nuevo quise ser prefecto. Y no en cualquier nivel educativo, sino en bachillerato. Porque es en ese grado donde las jóvenes promesas del mañana (*sarcasmo*) deciden qué carrera estudiar. En dónde y con quién perder la virginidad, cuántos hijos tener (o *tenerlos de una vez*) y todas esas decisiones importantes que marcarán (y *joderán*) su vida. Hermosa adolescencia. Bella juventud efímera que pasa cual viento del otoño derribando las hojas de las ramas de los árboles, desnudándolos, como mi alma misma. Eso fue profundo. Tan profundo como el agujero en el corazón que me dejó aquella mala mujer que hizo de mí lo que quiso, y como lo quiso, para después marcharse cual gato vanidoso cruzando la calle, sin ni siquiera ver atrás una última vez. Está bien, ya me voy a dejar de mamadas. (*Rompí el encanto, lo sé*).

Como trataba de decirles, antes de interrumpirme con estupideces, en el bachillerato los jóvenes están en la edad más difícil para todos. Al menos lo fue para mí. Uno se preocupa de cosas estúpidas que en el acto nos parecen serias y dejamos las cosas serias olvidadas en el fondo del cajón. Como los condones, por ejemplo (*cejas levantadas*). Y Dios sabe que esos sí son cosa seria (*aunque no le guste al Papa*). Y no importa que uno ya haya dejado la adolescencia varias (*muchas*) primaveras atrás. Siempre será importante llevar una buena dotación encima. Y no olvidar que caducan al año. No les voy a mentir. No es que tenga toda la acción que quisiera. Pero de adolescente la tuve. Vaya que sí. Y no sólo con mi mano (*dedo acusador apuntando a mi cara*) sino con mujeres de carne y hueso. Algunas más de lo segundo que de lo primero, pero todas hermosas sin excepción (*vil mentira*). A veces pienso que tal vez quemé todos los cartuchos de mi escopeta en ese tiempo y por eso ahora no tengo el mismo efecto con las mujeres que antes. En otras ocasiones pienso que tal vez ya estoy en edad de sentar cabeza. Conseguir una esposa. Tener hijos. Formar mi propia familia. Luego recuerdo que estoy jodido (*triste realidad*) y dejo de pensar en pendejadas. Pero esos pensamientos son

cada vez más frecuentes. La crisis de la edad supongo.

Y no, no se las diré.

¿Verdad que todo es más divertido cuando hay misterio?

Pues me importa un carajo. Se aguantan. No estoy para cumplir sus caprichos.

II

Pero volvamos a lo que trataba de explicarles. Tengo problemas de atención, lo sé. Hubiera sido un problema en la escuela. Pero fui a una pública y tuve malos profesores, así que no la pasé tan mal. Y no es que mis padres estuvieran lo bastante jodidos (*lo estaban*) como para no poder enviarme a una escuela privada con profesores decentes. El problema era que en la ciudad sólo había colegios católicos y un par que eran "cristianos protestantes evangélicos". O como sea que los quieran llamar. Mis padres intentaban ser anglicanos, no tengo idea de por qué. Y esa era la razón por la que querían alejarme de ese mundo de paganismo y creencias raras. Tiempo después trataron de convertirse al islam, pero a mi madre no le gustaba eso de cubrirse el cabello, así que los mandó al carajo. A ella no le iba muy bien eso de someterse al hombre. Ni a nadie más. Además tenía un bonito cabello. Y mi padre... Mi padre. No creo que pueda decir mucho de él, salvo que era más mi hermano mayor que mi padre. Y le tenía tanto miedo a mi madre como yo. Creo que más. Supongo que yo tenía la ventaja de ser su hijo, y no creo que mi madre fuera capaz de quitarle la vida al fruto de sus entrañas (*incierto*). Mi padre, en cambio, ni siquiera tenía madre. En sentido figurado y literal.

No es que quiera hablar mal de mi padre. Era un buen sujeto. Su forma de solucionar sus problemas conmigo cuando me portaba mal era muy sencilla. Se quitaba la camiseta y me pedía que saliéramos al patio. Ahí teníamos un juego de poder a poder: ver quien sujetaba al otro del cuello y lograba tumbarlo. La verdad, fueron pocas las veces que logré derribarlo. No sólo porque era mi padre y me daba pendiente lisiarlo de por vida (*sí, claro*), sino porque sabía defenderse muy bien. Supongo que en su juventud se metió en muchas peleas. Nunca lo vi agarrarse a golpes con nadie. Pero había algo en su mirada que te decía que ese tipo era alguien con quien no debías meterte.

Aunque con mirada o sin ella, a mi madre la obedecía en todo. La obedecía más él que mis hermanos o yo. Eran esposos, sí. Pero su nivel de sumisión era exagerado. Además que mi padre era bastante apuesto. Algo que heredó a sus hijos varones (*mentira*). En sus fotos de juventud parece un adonis hollywoodense. Algo así como Clint Eastwood pero en mexicano. Y mi madre... Bueno, no es que mi madre no fuera guapa de joven. Pero de seguro mi padre pudo haberse conseguido a cualquier

mujer que quisiera. Pero no. Eligió a mi madre y estuvo con ella hasta que él se fue a la tumba. Siempre me he preguntado si alguna vez le fue infiel a mi madre. Sé que a la mayoría de los hijos no les gusta pensar en eso, pero yo soy de esa minoría que sí. Además me preocupa que hubiera tenido hijos con otra mujer y en un determinado momento me termine acostando con alguna media hermana. Es algo que no me deja dormir por las noches. En serio (*cierto*).

Pero con lo sumiso que era, no creo siquiera que le pasara por la cabeza el ponerle el cuerno a mi madre con alguna zorra malviviente. Pero uno nunca sabe. Dicen que a los hombres no deben de ponernos en un pedestal. Que somos seres horribles, malvados y lujuriosos. Sobre todo lujuriosos. Que a veces pensamos con los huevos en vez de con la cabeza. Que sólo estamos esperando la ocasión para meterla en donde podamos. Y que el alcohol nos hace cometer más estupideces de las que de por sí cometemos estando sobrios. No tenemos respeto por la mujer. Es sólo un objeto sexual con agujeros para satisfacer nuestros más bajos, asquerosos, repugnantes, concupiscentes y perversos instintos. Que lo mejor que le puede pasar a este planeta es que todos los hombres nos extingamos y dejemos a las mujeres encargarse para que por fin pueda haber paz y tranquilidad. Ya se lo pueden imaginar. Grupos y grupos de mujeres tomadas de la mano. Jugando a la rueda de San Miguel mientras un arcoíris entre nubes blancas y esponjosas adorna el cielo más azul que se hubiera visto nunca. Conejitos blancos brincando por todas partes y pájaros cantando canciones de alegría, gloria y redención.

III

De verdad que uno debe ser muy ingenuo para pensar que un grupo de mujeres se podrían poner de acuerdo en algo tan complicado como la paz mundial. Pero si tienen razón en eso de no ponernos en un pedestal ni esperar mucho de nosotros. Digo. Existimos algunos hombres buenos que no caemos en todos esos estereotipos que pregonan las feministas cada que pueden (*deben de existir*). Pero la verdad, uno nunca sabe cuándo va a caer en la tentación. Habrá hombres que tienen una moral alta y principios bien cimentados en lo más profundo de su cerebro. Yo no. Lo confieso. Y sé que esa actitud me ha ocasionado muchos problemas. Y también he jurado que no volvería a hacerlo en cada ocasión sólo para volver a caer al pozo oscuro y hediondo de la maldad. También he lastimado personas. Buenas mujeres (*algunas no tanto*) que depositaron su confianza y su fidelidad en mí. Y yo, hombre cruel y sin escrúpulos (*ni dinero*) no fui lo bastante maduro como para corresponderles. Me siento mal por todas y cada una de ellas (*falso*). Excepto por Viviana. Esa puta que me puso el cuerno con el conserje de la preparatoria. ¡Con el conserje! Ojalá arda en el infierno de las mujeres infieles. Que espero esté en un lugar diferente al de los hombres infieles, porque no quiero volver a verla. Ni siquiera en el infierno. Tampoco debo ser tan cruel con ella. Ya ha pasado el tiempo suficiente como para que la herida haya cerrado y

pueda perdonarla (*mentira*).

Pero ya no soy así. De veras que no. Como les dije antes, eso quedó en el pasado. Ahora me alegro si consigo el número de alguna mujer. Pero está bien. Mis ocupaciones a veces absorben todo mi tiempo y tal vez no podría dedicarle la suficiente atención que merece una relación seria. Aunque no voy a mentirles. A veces las noches solitarias son difíciles. La cama puede llegar a ser muy fría. Un frío que te cala en los huesos. Se clava como si fueran alfileres de acero. Perforan cada uno de tus nervios. Lentamente. Haciéndote sufrir poco a poco. O tal vez sea porque la calefacción falla muy seguido.

No importa. De todos modos eso no viene al caso. Y para serles sincero, olvidé lo que estaba tratando de contar. Aunque estoy seguro de que no tenía nada que ver con mis padres. Y no es que no tenga cosas que contar de ellos. Pero será para otra ocasión. En este momento quiero enfocarme en mi trabajo. Mi trabajo. Eso era de lo que quería hablar. No es que sea algo muy emocionante pasarte todo el día cuidando a un montón de pubertos. Pero es interesante. Sobre todo tratándose de los jóvenes de hoy. No sé en qué parte del camino la sociedad se desvió y tuvo como resultado la producción en masa de esos seres que nos atrevemos en llamar los jóvenes del mañana. Y no. No utilizaré esa frase de anciano de "en mis tiempos", aunque sea cierta (*mentira*). Cuando yo era joven aún existían los valores y uno no comenzaba a coger con su primera novia seria hasta que no tuviera al menos diecisiete años. Con su primera novia seria, recalco. Las anteriores a ellas no cuentan porque sólo fueron actos físicos sin ninguna clase de sentimiento sincero. Sólo la lujuria de la juventud. Práctica necesaria (*excusa*) para hacerlo bien con alguna que en verdad mereciera compartir ese momento tan íntimo, tan caliente, tan húmedo. Bueno, a veces no tanto, pero un lubricante ayudaba. Y siempre se tiene a la mano la vieja técnica del escupitajo (*asqueroso*).

IV

Pero no soy un perverso, se los juro que no. Es sólo que estoy llegando a la edad en que un hombre soltero comienza a portarse raro. Y me refiero a raro de extravagante no raro de *gay*. Tuve un amigo *gay*. Jorge. Era un buen sujeto. La verdad ni mis amigos ni yo sabíamos que era *gay*. Hasta ese día en que lo vimos de la mano con otro sujeto. Y unos minutos después besándose en la banca de un parque (*homoerotismo*). El shock fue tremendo. Por un instante pensamos en ir por el sujeto que lo acompañaba y ponerle la mayor madriza de su vida. O como decimos en mi tierra: una hipermegasúperputiza. Aunque hoy en día lo hubieran considerado un crimen de odio y todo eso, en ese momento hubiera sido algo así como justicia social. Pero la verdad es que la gente no comprende las cosas que un amigo puede hacer por otro. Sobre todo siendo unos jovencitos impetuosos. Pero descartamos lo de la golpiza. O mejor dicho: la hipermegasúperputiza. Después del shock inicial recordamos todas

aquellas ocasiones en que fuimos a pescar (*Brokeback Mountain*) y nos bañamos en el río contaminado de la ciudad. Cómo nos cambiábamos de ropa frente a él (*súper gay*). También todas las confidencias de las que él fue parte. Aunque eso aclaró el hecho de que nunca hubiera tenido novia ni le gustara hablar de lo buenas que estaban todas las chicas de la escuela. Qué les puedo decir. La maldición del detective. La respuesta estaba a la vista pero nunca la vimos (*ni sintieron*). O tal vez no la quisimos ver. Como les dije. Era un buen sujeto. Pero cuando por fin salió del clóset ya no lo fue tanto. Nunca volvió a ponerse en contacto con nosotros. Aunque si nos lo encontramos en algún lugar y no va acompañado de su pareja si se pone a conversar como si lleváramos años de no vernos. Lo cual es cierto. Supongo que su novio es alguien importante y lo llevó a otro nivel de vida. En ese caso puedo decir que mi amigo es un tipo con suerte. Siempre me he preguntado quién lanza y quién atrapa. Pero si mi amigo es el primero, es más suertudo todavía. El buen Jorge. Tan honesto y colaborador. Tan *gay*. ¿Quién lo diría?

Y debo agregar que no tengo nada en contra de los homosexuales, gays, lesbianas, transgéneros, intersexuales, plurisexuales, omnisexuales, "ni yo estoy seguro", los "eso no me interesa", ni todo lo que esté relacionado con el LGBTTTTI y las letras que le vayan añadiendo con el paso de los años. Sé que es su vida y yo no tengo ningún derecho para meterme en ella. Ni decirles cómo se supone que deben de comportarse o lo que quieren meterse o dejar de meterse en cualquiera de los agujeros de su cuerpo. Es un mundo libre y todos tenemos la libertad de decidir qué hacer pero siempre dentro de los límites legales (*e inmorales*).

V

Habiendo aclarado lo anterior, debo confesar que me fascinan las lesbianas. ¿A qué hombre no? Incluso a las mujeres, si las estadísticas de los sitios porno son confiables, que lo son (mentira). Por supuesto que las lesbianas seis, no esas que parecen hombres... Y que están en todo su derecho de parecerlo si así lo desean (aclarando). Pero sé que eso de hacerlo con unas lesbianas es la fantasía de todo hombre. Pero mi gusto por mujeres con esa preferencia viene de mi etapa universitaria. Tuve la suerte de que en el departamento de al lado viviera una lesbiana. Angélica. Su sólo nombre evoca gratos recuerdos y hace que se me ponga dura (la verdura). No parecía muy sexy a primera vista. Era algo fodonga en su forma de vestir. Pero cuando se arreglaba para salir (a algún antro gay de seguro) parecía una mujer diferente. Y era en esas ocasiones que venía su novia. Ella no era tan sexy. Para ser sincero no era nada sexy. Alta. Cabello cortado al estilo militar. Musculatura como la mía (que no es mucha) multiplicada por tres. Tatuaje de una esvástica en el hombro (no es broa). Daba miedo. Claro que eso no me impedía espiar a Angélica por la ventana cuando salía de su habitación. Vivir al límite, ese es mi lema (y

correr cuando hay peligro).

Lo mejor venía cuando regresaban de la parranda. Muchas personas odian que las paredes de los departamentos sean tan delgadas porque los vecinos pueden escuchar todo lo que uno dice y hace. Pues vaya que yo podía escuchar lo que Angélica y su novio-hembra (invertembra) hacían. Era un concierto de gemidos, gritos y chapoteos increíble. Suficiente para ponérsela tiesa a un impotente. A veces hasta se escuchaban golpes contra la pared. Y las cosas que decían. Nunca en mi vida he escuchado tanta vulgaridad saliendo de la boca de una mujer: "¿Quieres que te devore la pepa, pinche puta barata?". "¿Te gusta que te empuje la caca hasta la garganta? ¿La puedes saborear?". "Madréame las nalgas mientras me coges". "Sí, así, con el bate." "Sácame la mierda y embárramela en las nalgas, como si fuera una puta cualquiera". No sé qué tenían con eso de la mierda. Tal vez una de ellas tuviera una fijación anal. "¡Méteme todo el puño, así, aaaaaah!" Y cosas por el estilo (cosas peores).

Sobra decir que todo eso era bastante excitante. No es que yo también tenga algún fetiche con eso de la mierda o con meterle el puño a una mujer en alguno de sus agujeros. Pero el escuchar a alguien gritar eso y saber que en verdad lo están haciendo es tan erótico como perverso y excitante. Y lo admito. Dejé la pared de mi departamento decorada con mi semen. Parecía una obra de arte moderno. Como si Jackson Pollock hubiera hechos sus obras viendo películas porno y en vez de pinceles utilizara, pues, otra cosa (la verga). Debí de haberle tomado fotografías y venderlas. De seguro alguien me las hubiera comprado.

VI

Siempre habrá gente a la que le gustará cualquier porquería que hagas (guiño, guiño). O digas, escribas, pintes, incendies, rompas, dispares o lo que sea. Desde hace unos años la mayoría de la gente ha adquirido un pésimo gusto en casi todo. En películas, música, pareja, libros, ropa, prácticas sexuales, etcétera. Sé que acabo de decirles que todos pueden hacer lo que se les dé la gana. Que es muy su vida y todo eso. Pero sé que a todos les molesta que un sujeto vaya caminando por la calle escuchando música con el volumen de su celular a tope. O con una de esas estúpidas bocinas con forma de lata. No me molestaría que escucharan a Queen, AC/DC, Metallica (del Black Album hacia atrás, por favor), Guns and Roses o Black Sabbath. Y estoy consciente de que para la juventud de hoy en día pedirles eso es como pretender que lean la Ilíada y la Odisea. En verso.

Y el problema no soy yo, pero es que por alguna extraña y muy perversa razón, pareciera que todos los jóvenes que viven cerca de mi casa son unos seres salidos del mismo infierno que disfrutan hacerme sufrir. Todos, sin excepción, escuchan uno de dos géneros. Música para perrear, y la llamo así en vez de reggaetón, porque eso de reggae no tiene nada. O

narcocorridos. Pero no de los que se tocan con acordeón y bajo sexto. No. De los que tocan hoy en día con música de banda y proclaman a los cuatro vientos cómo los narcotraficantes asesinan, secuestran, trafican, cogen, descuartizan, roban, prostituyen, traicionan, se drogan, cogen otra vez, pasean en camionetas (perronas), presumen sus armas, siguen cogiendo, levantan (y desaparecen) personas y un largo, largo, largo etcétera de pura mierda. ¿Qué tienen en la cabeza? ¿Mierda? ¿Nada? ¿Dónde está el ejército y la marina cuando se les necesita? Esos muchachos necesitan disciplina. Alguien que los ponga en cintura y les muestre cómo es el mundo real. En la vida uno no puede pasársela escuchando esa música de mierda y esperar que las cosas le salgan bien.

Les juro que no soy alguien amargado y rencoroso de la vida. Sólo odio a todo el pinche mundo. Fuera de eso soy un sujeto bastante simpático y que gusta de hacer reír a las personas. Es cierto que a veces las personas no entienden mi humor. Personas idiotas por supuesto. Yo no tengo la culpa de que no posean las habilidades cognitivas (intelectualoide) necesarias, y suficientes, para comprender la maraña tan complicada de incidentes y situaciones irónicas que sirven de sustento a mis bromas. Hay sujetos que deberían ser colgados del árbol más alto por no entender un comentario dicho en doble sentido (albur). Y descuartizados aquellos que se atreven a pedir explicaciones. No es que sea un tipo vulgar (no tanto), pero forma parte de nuestra cultura como mexicano el poder convertir cualquier comentario, por trivial que parezca, en algo sexual. Añado que esto sólo se aplica a los hombres y no a las mujeres. El que una de ellas no entienda un albur lo hace todo más divertido. Y el que lo entienda torna todo extraño. Provoca una especie de ruptura de la realidad. La colisión de dos universos paralelos. Como si alguien jalara la cadena del excusado cósmico y nos fuéramos todos a vivir a un mundo de mierda.

Pero ya basta de tantas tonterías. No es de nada de eso de lo que quería hablarles. Era de algo importante. O que me parecía importante hace un rato. En ocasiones soy muy indeciso. En otras cambio de opinión muy rápido. A veces olvido de lo que estaba hablando...

VII

Oscuridad perpetua.

Agonía sin fin.

El llorar y crujir de dientes.

Lágrimas saladas surcando mis mejillas.

El frío extendiéndose por todo mi cuerpo, calando hasta la médula.

La vida escapándose de mis manos como si fuera humo.

Ustedes disculpen. Me perdí. Planeaba mi futuro. Es importante hacer planes. El famoso plan de vida. Ojalá lo hubiera puesto en práctica cuando joven. Pero nadie me lo dijo entonces. Esas cosas deberían enseñarse en la escuela. Tal vez lo hagan. No recuerdo mucho de lo que aprendí en la escuela. Pero eso de planear tu vida es algo importante. Supongo que lo recordaría. Quizás si hubiera entrado a las clases de Liderazgo y Calidad de Vida en la preparatoria... En lugar de haberme ido atrás del cuarto del conserje con la compañera de turno. Pero es que en esa clase con el solo hecho de que mi nombre estuviera ya estaba aprobado. Era una tentación demasiado grande y yo soy un hombre pequeño (sí). De carácter, aclaro (también).

La vida sigue y no puede retroceder. Sólo hay que ver el pasado y recordar las lecciones que aprendimos en el camino. Es por eso que me gusta ser prefecto. Y de eso es de lo que quería hablarles desde un principio (rodeos). Esta no es mi historia. No es la historia de mi familia. Tampoco la historia de mi perro (el buen Káiser). Ni del hombre en silla de ruedas que siempre pide dinero en la central de autobuses. Y al que nunca le doy nada, por cierto. A mí me cuesta ganarme el dinero y no estoy en posición de andarlo regalando a quien sea que me lo pida. Sé que el tipo está en silla de ruedas por alguna mala formación que tiene en las piernas (fenómeno). No puede caminar, eso lo entiendo. Pero las manos parecen funcionarle muy bien. Y es un hecho bastante conocido que con un par de manos se pueden hacer una infinidad de cosas. Como ejemplo tenemos al grupo de vagabundos que también operan cerca de la central de autobuses. Ellos hacen pulseras con nombres de personas. Las venden y obtienen dinero para comprarse de comer. O drogas, yo que sé. Así es como funciona la vida. Uno trabaja. Gana dinero (nunca el suficiente). Lo gasta. Vuelve a trabajar. Gana dinero. Lo vuelve a gastar. Y el ciclo se repite un número incontable de veces. Luego morimos. Ni más ni menos (triste realidad).

VIII

De nuevo me perdí. La próxima vez que me pierda les terminaré contando sobre mi actual vida sexual (inexistente). Repito. Esta no es mi historia, que es bastante interesante debo aclarar (mentira), pero que dejaré para otra ocasión. Esta es la historia de un amor no correspondido. De un amor cruel. Corazones rotos y ropa interior húmeda. Sexo, drogas y música ranchera. Balas surcando el aire y autos en llamas bloqueando curceros. Persecuciones de maleantes a alta velocidad y militares tomando las calles tratando de mantener el orden. Corrupción, engaño, decepción e impunidad.

Básicamente, la historia de cualquier persona viviendo en México.

Pero no hablaremos de cualquier persona. O personas. No. Será de cierto grupo de personas. Unos cuantos jóvenes que lograron ganarse mi corazón helado de prefecto de la preparatoria más prestigiosa (cierto) de la ciudad Francisco Villa. Así que denme unos cuantos minutos (un par de horas) de su precioso tiempo (mentira). Les prometo que no se arrepentirán. Y tal vez al final, hasta se den cuenta de que han aprendido algo (algo erótico).